

PQ 9261
.E 3
P 7
v. 4

*Esta obra es propiedad de la Casa
Editorial Maucci, de Barcelona.*



**FONDO
RODRIGO DE LLANO**

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

El primo Basilio

I

Acababan de dar las doce en el reloj de cuco del comedor. Jorge cerró el volumen de Luis Figuier que hasta entonces hojeara distraidamente, bostezó des-perezándose en el viejo sillón *Voltaire*, y dijo:

—¿No vas a vestirme Luisa?

—En seguida.

Luisa permaneció sentada á la mesa leyendo *El Diario de Noticias*. Aun llevaba puesto el peinador de mañana bordado á *soutache* y adornado con grandes botones de nácar. Su trenza, rubia y un po-co deshecha, estaba recogida en lo alto de la cabeza que era pequeña y de muy lindo perfil. Tenía su piel la blancura tierna y lechosa de las rubias. Apo-yaba el codo sobre la mesa, y en sus dedos, que con movimiento lento y gracioso acariciaban la oreja, lucían los menudos rubíes de dos sortijas.

Acababan de almorzar.

El piso del comedor estaba esterado. Era el come-dor una estancia alegre, con techo de madera pinta-da de blanco y papel claro, de ramajes verdes,

Aquel día de Julio hacía un calor insoportable. Las ventanas hallábanse entornadas; pero se adivinaba que fuera, el sol hacía cabrillear los cristales y abrasaba las piedras del balcón. Reinaba el recogimiento solemne y adormecedor de una mañana de misa. Sentíase esa turbación vaga que produce el deseo de la siesta á la sombra de árboles de pomposo ramaje, cerca del agua. Los canarios dormían en sus jaulas suspendidas de las ventanas entre las cortinas de cretona azul. Las moscas, atraídas á la mesa y posadas en el fondo de las tazas, sobre el azúcar mal derretido, llenaban la estancia de un murmullo adormecedor. Jorge lió un cigarrillo, y descansado, fresco, con su camisa de indiana sin cuello y su batín de franela azul, desabrochado, fijó los ojos en el techo y se dió á pensar en su viaje al Alentejo y á rumiar el descontento que le producía aquella obligación. Era ingeniero de minas: al día siguiente debía partir para recorrer Beja, Evora y quizás llegar hasta Santo Domingo. Este viaje, en el mes de Julio, le asustaba como un trastorno de toda su vida, le afligía como una injusticia. Era duro en un verano como aquel. Dentro de pocos días, sacudido por el trote infernal de un caballo de alquiler, iba á encontrarse en las llanuras del Alentejo, desiertas y sin fin, áridas, cubiertas de una vegetación oscura, reseca por el sol. Perdido en el fondo de bosques de encinas, tendría que dormir en alojamientos inmundos, oyendo á su alrededor, en el seno de las tinieblas, gruñir las pjaras de puércos. Le sería preciso resignarse y sentir entrar por las ventanas, pasar por el aire, un aliento abrasado como el de los incendios.

Hasta entonces había tenido un empleo en el Ministerio, en un negociado. Era la primera vez que se separaba de Luisa y sentía achicarse su corazón al

abandonar aquella salita que él mismo ayudara á empapelar la víspera de su matrimonio, y en donde, después de las venturas nocturnas, sus almuerzos se prolongaban en abandonos perezosos.

Acariciando la barba, corta, fina y muy rizada, sus ojos deteníanse con ternura sobre aquellos muebles íntimos que recordaban el tiempo de su madre. El chinero, que encerraba las ricas porcelanas de la India y la vajilla de plata que relucía decorativamente: la antigua estantería barnizada que veía desde niño y se distinguían apenas sobre sus adornos las señales de algunas jarras húmedas. En el otro testero, el retrato de su padre, vestido á la moda de 1830; el rostro redondo, la mirada penetrante, el labio sensual; ostentando sobre el frac abotonado la encomienda de Comendador de la orden de la Concepción. Era un antiguo empleado del ministerio de Hacienda; de temperamento sanguíneo, aficionado á tañer la flauta. Jorge no le había conocido, pero su madre le asegurara muchas veces que al retrato le faltaba tan sólo hablar. Había vivido constantemente con su madre en aquella misma casa. La madre de Jorge era una señora de alta estatura, que se llamaba Isaura. Tenía la nariz muy larga y era devota y tímida al mismo tiempo; en sus comidas bebía agua templada. Un día, al volver de la oración del Santísimo Sacramento, murió de repente, sin un gemido.

Físicamente, Jorge nunca se le había parecido. Fuera siempre robusto, de hábitos viriles. Tenía los dientes admirables de su padre y los hombros fuertes.

De su madre heredara el genio plácido y dulce. Cuando era estudiante en la Escuela politécnica, regresaba á su casa á las ocho de la noche; encendía luz y abría sus libros. No frecuentaba los garitos ni

pasaba las noches de francachela. Dos veces por semana, con gran regularidad, visitaba á una muchacha costurera, Eufasia, que vivía en Bostatem. Recibíale ella, mientras su brasileño estaba en el club jugando una partida de bostón, con grandes precauciones y apasionados trasportes. Era una muchacha expósita y su cuerpo delgado y fragil, parecía temblar de fiebre.

Jorge la llamaba romántica y se lo reprochaba. El no había sido nunca sentimental; sus amigos que suspiraban leyendo á Alfredo de Musset y soñaban con el amor de Margarita Gautier, le llamaban *prosaico, burgués*. El se reía: jamás le faltaba un botón á su camisa; era muy ordenado, admiraba á Luis Figuiet, Bastiat y Castillo, tenía horror á la política y se sentía feliz.

Al morir su madre, hallóse en una gran soledad: era en invierno y su cuarto situado al interior de la casa, al sur, un poco desamparado, recibiría las ráfagas del viento que se prolongaban vibradoras y tristes; principalmente á la noche, cuando se hallaba de bruces sobre los libros, con los pies en el felpudo, tenía melancolías lánguidas, estiraba los brazos, lleno de deseos el pecho; quería enlazar una cintura delicada y amorosa, oír en la casa el fru-fru de un vestido. Resolvió casarse. Conoció á Luisa durante el verano, una noche, en el Paseo. Enamoróse de sus cabellos rubios, de su manera de andar, de sus grandes ojos castaños. En el invierno siguiente, después de recibir el título, se casó. Sebastián, su íntimo, el buen Sebastián, Sebastianazo, había dicho con un movimiento grave de cabeza, frotándose calmosamente las manos:

—Se ha casado á la ligera, un poco á la ligera.

Mac Luisa, Luisita, mostróse una buena mujer de su casa; en todos sus quehaceres ponía un encanta-

dor cuidado; era aseada, alegre como un pajarillo, como un pajarillo amante de su nido y de las caricias de su compañero: aquella mujer rubia y adorable vino á dar á la casa un encanto nuevo.

—¡Es un angelito lleno de dignidad!—acabó entonces por decir Sebastián, el buen Sebastián con su voz profunda de bajo.

Estaban casados desde hacía tres años. Particularmente Jorge había mejorado mucho; hallábase más inteligente, más alegre... Y recordando aquella existencia fácil y dulce, soplabá el humo de su cigarro, cabalgadas las piernas y dilatada el alma. Sentíase tan bien en la vida como en su batín de fra-nela.

—¡Ah!—exclamó Luisa de repente, toda admirada mirando al periódico y sonriendo.

—¿Qué es?

—¡El primo Basilio que llega!

Y leyó alto después:

“Debe llegar uno de estos días á Lisboa, procedente de Burdeos, el señor Brito, tan conocido de nuestra buena sociedad, el cual, como es sabido, había marchado hace tiempo al Brasil, donde se dice que reconstruyó su fortuna con un trabajo honrado. Desde comienzos del pasado año viajaba por Europa. Su vuelta á nuestra capital es una verdadera alegría para sus numerosos amigos.”

—¡Verdad, numerosos!—dijo Luisa, con acento de convicción.

Jorge fumaba, acariciándose la barba con la palma de la mano.

—¿Ha hecho fortuna, verdad?

—Parece que sí.

Fijóse en los anuncios, bebió un sorbo de te, levantóse y fué á abrir una de las hojas de la ventana.

— ¡Oh! Jorge, qué calor hace fuera, santo Dios. Agitaba los párpados bajo la irradiación de la luz blanca.

La sala, situada en la parte posterior de la casa, daba á un terreno cercado de una baja empalizada, lleno de hierbas altas, de espontánea vegetación; aquí y allá en aquella verdura tostada por el estío, algunas piedras rebrillaban al choque del sol. Una higuera brava, aislada en medio del terreno, extendía su tupido follaje inmóvil; el brillo de la luz daba obscuros tonos de bronce. Más allá, veíanse las fachadas posteriores de otras casas con balconajes de madera y ropas puestas á secar en cañas y muros blancos de jardines y árboles éticos. Un polvo impalpable quitaba transparencia al aire.

— ¡Los pájaros se caen de calor! — dijo Luisa cerrando la ventana. — ¿Te ves ya en el Alentejo?

Vino á recostarse en el sillón donde estaba Jorge, pasándole lentamente la mano por el cabello negro y ensortijado. Jorge la miró, sintiendo tristeza por la separación: los dos primeros botones del ropón de Luisa estaban abiertos, dejando ver el comienzo del pecho de una blancura muy suave, y los encajes de la camisa: castamente Jorge se los abotonó.

— ¿Y mis chalecos blancos? dijo.

— Deben estar ya planchados.

Y para cerciorarse llamó á Juliana.

Se oyó un ruido de faldas engomadas. Juliana entró arreglando nerviosamente los pliegues de su blusa. Tendría unos cuarenta años y estaba delgadísima. Las facciones menudas y enjutas, tenían esa amarillez de tonos lívidos que delata dolencias del corazón. Los ojos grandes, hundidos, movíanse inquietos, curiosos, inyectados de sangre, entre párpados constantemente enrojecidos. Llevaba una redécilla de cerda, que agrandaba su cabeza de un

modo extraordinario. Tenía en las alillas de la nariz un movimiento nervioso. Y el vestido, aplastado en el pecho, corto de falda, inflado por el almidón de las enaguas, dejaba ver un pie pequeño, bonito, aprisionado en bota de tela con punteras de charol.

Dijo con voz dulce que los chalecos no estaban planchados porque no había tenido tiempo de ponerles almidón.

— ¡Y tanto como se lo encargué, Juliana! — dijo Luisa. — Bien, váyase. Arréglese como pueda. ¡Es necesario que los chalecos estén esta noche en la maleta!

Y apenas la criada hubo salido, añadió:

— ¡Creo que voy á concluir por odiar á esta criatura, Jorge!

Hacia dos meses que estaba en su casa y aún no había podido acostumbrarse á su fealdad, á sus aspavientos, á su manera aflautada de hablar, arrastrando un poco las sílabas, al ruido de sus tacones que tenían láminas de metal, al cuidado vanidoso de su pie, á sus guantes negros que le crispaban los nervios.

— Qué antipática.

Jorge reía:

— ¡Pobres! ¡Es un alma de Dios! ¡Y además, qué planchadora más admirable! En el Ministerio examinan con entusiasmo mis pecheras. Julián dice bien; yo no voy planchado, voy esmaltado. No es simpática, no; pero es limpia y prudente...

Y levantóse con las manos en los bolsillos de sus holgados pantalones de franela:

— En fin, hija mía, es preciso no olvidar la manera de portarse que tuvo durante la enfermedad de la tía Virginia. ¡Fué un ángel para ella!

Repitió con solemnidad:

BIBLIOTECA "RODRIGO 'DE LLANO"

SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

—¡De día, de noche; fué un angel para ella! Le estamos en deuda, hija mía.

Y con aspecto más serio aun se puso á liar un cigarro.

Luisa, callada, hacía saltar con la punta de la chinela la orla de su ropón; y examinando fijamente las uñas, conservando la cabeza un poco inclinada, comenzó á decir:

—¡Pero en fin, si á mí no me gusta la despediré, vamos!

Jorge se detuvo, y encendió un fósforo en la suela de su zapato:

—Si yo lo consiento, rica... ¡Es, como sabes, una cuestión de gratitud para mí!

Permanecieron, silenciosos. El *cuco* cantó una vez.

—Bien: me voy.

Y acercándose aprisionó entre sus manos la cabeza de Luisa.

—¡Viborezno! —murmuró mirándola amorosamente.

Ella riéndose, irguió hacia él sus magníficos ojos castaños, luminosos y encantadores. Jorge, enternecido, le puso en los párpados dos besos sonoros. Tocándole la barbata le preguntó con cariño:

—¿Quieres alguna cosa para fuera, Luisilla?

Ella sólo quería que no viniese muy tarde. Jorge se le prometió. Iba á dejar unas tarjetas. No tardaría nada, cosa de un momento. Y salió feliz cantando con su extensa voz de barítono:

*Dio del'oro
D'el mundo signor,
La la ra, lará*

Luisa bostezó. ¡Qué aburrimiento tener que vestirse! Hubiera querido meterse en un baño de már-

mol color rosa, lleno de agua tibia, perfumada, y adormecer así. Después, dormirse mecida en una hamaca de seda, con las ventanas cerradas, oyendo música. Descalzóse de la pantufla que arrojó lejos de sí. Su mirada se detuvo amorosamente sobre el pié pequeño, blanco como la leche, con venas azules, mientras su pensamiento revoloteaba de una en otra idea. Pensaba en infinitas cosas. En las medias de seda que quería comprarse, en la merienda que dispondría á Jorge para el camino, en tres pañuelos que la lavandera había perdido.

Bostezó de nuevo. Después, saltando sobre la punta de su pié descalzo, fué á buscar al aparador, detrás de una compotera, un libro algo usado. Volvió á echarse en la *voltaire*, casi acostada, y con el gesto acariciador y amoroso de sus dedos sobre la oreja, comenzó á leer muy interesada.

Era *La Dama de las Camelias*. Leía muchas novelas, y tenía un abono por meses en un gabinete de lectura. Cuando era más joven, á los dieciocho años, se había entusiasmado con Walter Scott y Escocia; hubiera querido vivir en uno de aquellos castillos escoceses que ostentaban sobre sus ojivas los blasones del *claw*; en aquellas estancias adornadas con arcos góticos y trofeos de armas, forradas por altos tapices donde están bordadas leyendas históricas, viejas tapicerías que el viento del lago agita y parece hacer revivir —había amado á *Errandalo*, Mortón é Ivanhoe, aquellos héroes tiernos y graves, que lucían en el birrete la pluma de águila, sujeta á un lado por el cardo de Escocia, formado de esmeraldas y diamantes. Pero hoy la cautivaba *lo moderno*; París, con sus elegancias y sus sentimentalismos. Burlábase de los trovadores, y ponía por encima de las nubes á *M. de Camors*. El hombre ideal se le aparecía de fraque y corbata blanca, en

amplísimos salones de baile, dotado de una mirada magnética, devorado por la pasión, la boca rebo-sante de palabras sublimes. Desde algún tiempo atrás su pasión se había fijado en Margarita Gautier—su amor desgraciado dábale una melancolía vagorosa; se le aparecía alta, delgada, envuelta en chal de cachimir, los negros ojos encendidos por la pasión y los padecimientos de la tisis. Hallaba hasta en los nombres de los personajes,—Julia Duprat, Armando, Prudencia,—el sabor poético de una vida llena de amor. Veía todo este destino, lleno de una melancolía inmensa, que se desvanecía en suspiros, en noches de delirantes cenas, en dificultades pecuniarias, en paseos melancólicos en el fondo de un coche, cuando sobre las avenidas del bosque, bajo el toldo de un cielo gris, caían lentas y silenciosas las primeras nieves.

—Hasta luego, querida—gritó Jorge desde el corredor al salir.

—¡Oye!

El volvióse con el bastón bajo el brazo, poniéndose los guantes.

—No vengas tarde, ¿eh? Escucha. Tráeme unos bollos de casa de Baltresqui para doña Felicidad. Si ves á madame Francoise, dile que me mande el sombrero... ¡Ah!... Escucha, escucha...

—¿Qué más, Dios mío?

No te asustes, hombre. Que vayas á casa del librero para que me mande más novelas. ¡Pero ahora me acuerdo: está cerrada la librería!

Con dos lágrimas temblándole en las pestañas terminó Luisa de leer *La Dama de las Camelias*. Y extendida en la *voltaire*, con el libro caído sobre el regazo, comenzó á canturrear muy quedo, con ternura, el aria final de la *Traviata*:

Adió, del passato...

Recordó de repente la noticia del periódico, la llegada de su primo Basilio...

Una vaga sonrisa entreabrió entonces sus labios rojos. Aquel primo Basilio había sido su primer amor. Tenía ella entonces dieciocho años. Nadie lo sabía, ni Jorge, ni Sebastián...

Por lo demás, había sido una chiquillada. A veces, recordando las ternezas y los sentimentales lloriqueos de aquel tiempo, se reía... Debía estar muy cambiado el primo Basilio. Se acordaba de él perfectamente. Era alto, delgado, de aire distinguido, con el bigote pequeño, negro y muy levantado; el mirar atrevido y una manera especial de meter las manos en los bolsillos del pantalón haciendo sonar el dinero y las llaves. *Aquello* comenzara en Cintra, por grandes y alegres partidas de billar, en la quinta de su tío Juan de Brito, en Collares. Basilio aca-

baba de llegar de Inglaterra: venía muy *inglesado*. Usaba corbatas grana prendidas con anillos de oro y trajes de franela blanca, siendo la admiración de todo Cintra. Aun se veía en aquella sala del piso bajo, pintado de ocre; que conservaba cierto aire de antigüedad é hidalguía. Una gran puerta de cristales daba al jardín sobre tres gradas de piedra. En redor formando plazoleta, había unos granados que Basilio desnudaba de flores. El follaje verde oscuro de los camelios trazaba senderos llenos de sombra; rachas de sol brillaban temblando sobre el agua del estanque; dos tórtolas en una jaula de mimbres arrullabanse dulcemente y en el silencio aldeano de la quinta, el ruido seco de las bolas de billar adquiría un tono aristocrático.

Después venían todos los episodios clásicos de los amores lisboenses pasados en Cintra; los paseos á Sitiaes á la luz de la luna, calmosamente, sobre la yerba pálida, con largas y silenciosas paradas en "Penedo da Saudade," viendo el valle á lo lejos, lleno de una luz raudosa y blanca; y las ardorosas siestas. A la sombra, de la Peña Verde, oyendo el rumor fresco y goteante de agua que rueda de piedra en piedra; y las tardes remando en un viejo bote, sobre el agua obscura á la sombra de los árboles, y aquellas carcajadas cuando tropezaban con las altas yerbas, ó su sombrerito de paja se quedaba colgado, al pasar en las ramas bajas de los álamos.

Siempre le había gustado mucho Cintra. Sentía una grata melancolía cuando penetraba en los bosques sombríos y frescos del Ramallo.

Ella y el primo Basilio gozaban de absoluta libertad. Su madre, una buena señora, reumática y egoísta, los dejaba, sonreía, dormitaba: Basilio era rico entonces. La llamaba tía Tojo, la llevaba cartuchos de dulces...

Vino el invierno y aquel amor fué á refugiarse en la vieja sala forrada de papel color *sangre de toro*, de la calle de la Magdalena. ¡Qué atardeceres más dichosos! La mamá roncaba quedamente, con los pies envueltos en una manta, y el volumen de la *Biblioteca de las Damas* caído sobre el regazo. ¡Ellos en tanto muy juntos, felices en el sofá! ¡El sofá! ¡Cuántos recuerdos! Era estrecho y bajo, forrado de casimir claro con una franja en el centro, que ella había bordado, maravilloso conjunto de rojo y amarillo sobre fondo negro. Un día llegó el desenlace. Juan de Brito, que formaba parte de la firma Bastos Brito se declaró en quiebra. La casa de la Almada y la quinta de Collares fueron vendidas.

Basilio viéndose pobre, marchó al Brasil. ¡Cuánto lo sintió ella! Pasó los primeros días sentada en un rincón de aquel sofá querido, sollozando en voz baja, y con el retrato del primo entre las manos. Vinieron entonces los sobresaltos producidos por las cartas que se hacían esperar largo tiempo, las preguntas impacientes al despacho de la Compañía cuando los vapores se retrasaban.

Pasó un año. Cierta mañana, después de un largo silencio de Basilio, recibió de Bahía una carta, una larga carta que comenzaba así: "He reflexionado mucho y entiendo que debemos considerar nuestra mútua inclinación como una niñada..."

Se desmayó. Basilio mostraba hondo dolor en dos páginas llenas de explicaciones: decíale que estaba aún pobre, que tendría que luchar mucho antes de poder reunir lo bastante para que pudiesen vivir los dos; el clima era horrible; no la quería sacrificar, pobre ángel; la llamaba "paloma mía," y firmaba

con su nombre, todo envuelto en una complicada rúbrica.

Vivió Luisa muy triste durante algunos meses. Era en invierno, y sentada al pie de la ventana tras los vidrios, bordaba y suspiraba juzgando muertas sus ilusiones. Pensaba en el convento y seguía con mirada melancólica los paraguas que pasaban bajo los hilos de la lluvia. Al anochecer, sentábase al piano y cantaba *Soares de Passos*:

*Ya volaron los días aquellos
que dichosa pasaba á tu lado...*

Cantaba también el final de la *Traviata* y un *fado* de Vimiosa, muy triste, que Basilio le enseñara.

Poco después, el catarro de la mamá se agravó; vinieron los sustos, las noches en vela. Durante la convalecencia, trasladáronse á Bellas: allí tratóse íntimamente con las Cardosas, dos hermanas flacas desgarbadas, siempre una junto á la otra, marchando á pequeños saltos, algo como el trote ligero de una pareja de galgos. ¡Cómo reían, Dios mío! ¡Cómo hablaban de los hombres! Un teniente de artillería se enamoró de Luisa. Era bizco. Le dedicó unos versos en el *Diario de Bellas*:

*Sobre la falda del monte
Crece el lirio virginal...*

Aquel fué un tiempo alegre y consolador.

Cuando regresaron, en el invierno, había engordado, y tenía buen color. Un día, hallando en un secreter el retrato que Basilio le había mandado desde Bahía, un retrato donde estaba con pantalón blanco y sombrero panamá, lo miró encogiéndose de hombros:

—¡Que yo haya rabiado por este tipo! ¡Qué loca!

Habían pasado tres años de esto cuando conoció á Jorge. Al principio no le agradó. No la gustaban los hombres barbados: después, reflexionando, comprendió que aquella era la primera barba, fina, corta, sedosa. Empezó á encontrar dulce y simpática su mirada. Sin amante aún, sentía á su lado como una laxitud, un abandono, una necesidad de descansar sobre su pecho, y permanecer así largos años sin otros deseos. ¡Qué alegría cuando él la dijo vamos á casarnos! Vió de repente aquel rostro pálido, barbado, con sus dulces ojos, al lado del suyo, sobre la misma almohada, y se le encendió la cara. Jorge habíale cogido una mano. Ella sentía que el calor de aquella palma fuerte la penetraba tomando posesión de su sér. Contestó que sí, quedándose alelada, sintiendo bajo el vestido de merino latir dulcemente su pecho. Era ya novia. ¡Qué alegría, qué descanso para la mamá!

Se casaron á las ocho una mañana de niebla. Hubo necesidad de encender luz para ponerle la corona y el velo. Aquel día se le presentaba como diluido entre brumas, sin contornos claros, á la manera de sueño antiguo en que se destacaban la cara descolorida y abotargada del cura, y la figura medrosa de una vieja, maltrecha y temblona, que alargaba una mano toda huesos, empujando á los fieles, y murmurando plagas, cuando en la puerta de la iglesia, Jorge, conmovido, distribuía monedas de cobre. Los zapatos de satén la prestaban; sentía un vacío en el estómago, y fué preciso hacerla te verde, muy cargado. Después, á la noche, en aquella casa nueva, al terminar de deshacer sus baúles, se encontró rendidísima. Cuando Jorge apagó la luz con un soplo tembloroso, le pareció que pasaban por